

XII.

CLEMENCIA.

Al tratar de la clemencia, me parece necesario principiar por decir lo peligroso que es el confundirla con la falta de ánimo para castigar. Noble es ser indulgente con el vencido, pero injusta la falta de energía con el criminal: lo primero demuestra grandeza de alma, lo segundo debilidad de espíritu.

Cuando se representa la magestad de la justicia, y cuando ella demanda el castigo del culpable, es preciso levantarse sobre las impresiones del momento, más alto de una compasión pueril que trae el bien del delincuente con perjuicio de la sociedad entera.

De la tolerancia del delito viene la fecundidad del mal.

Que no se extravíe, pues, nunca, el sentimiento de la generosidad, hasta el extremo de ultrajar á la justicia.

Explicado lo anterior, de la clemencia tengo que decir, que es un destello divino sobre el mundo; una virtud sublime que engrandece á quien la posee, y más aun, si se encuentra en soldado.

Es necesario echar mano á la espada para vencer; pero es infame saciar la sed devoradora de la venganza con la sangre de los vencidos. Con esa sangre se escribe la fama espantosa de la cobarde crueldad, cuyos monstruosos ejemplos nos presenta la historia horrorizada. Miramos al miserable Calígula sin ánimo para el combate y con alma para asesinar millares de víctimas indefensas; llegando en su embriaguez de lágrimas y sangre, á desear que la humanidad tuviera una cabeza para cortarla de un hachazo. Miramos al infame Neron que lloraba como una muger al primer viento desfavorable de la fortuna, sin valor para sustentarse en el trono romano; pero conteniendo inmensa hiel en el corazón cobarde para servirse de los hombres como teas, mandando que de trecho en trecho los quemaran vivos, amarrados á postes, para que le alumbraran sus paseos nocturnos. Y tantos, tantos cuadros siniestros se ven en esa luctuosa ga-

lería pintados con la sangre vertida por los verdugos, que es preciso volver la vista á otra parte para no sentir vértigos al contemplarlos.

De cobardes es la sed de sangre humana, y por todos los hombres y en todos los tiempos es maldecido el asesino que por placer la vierte.

El soldado debe anhelar cubrirse de gloria, pero no de infamia; que conquiste la fama, que busque el aplauso universal, mas que no sumerja en mares de sangre inútil sus hazañas, que entónces le servirán de oprobio.

El génio tempestuoso de la guerra dá su tronante alarido que se levanta hasta el cielo en pirámides de humo. Zumban las negras alas de la muerte sobre el confuso campo de batalla. El eco del clarín se oye marcial, repercutiendo en las vecinas montañas, acompañado del grito de mil truenos que levanta la potente artillería al vomitar sus proyectiles, y del nutrido fuego que los batallones lanzan, ántes de que un mar de ballonetas haga chocar olas contra olas; los escuadrones, rodeados por el fuego y envueltos por el humo y el polvo que levantan en su arranque destruc-

tor, parecen trombas en medio de esa tempestad humana. Más cerca se oyen las voces de mando, las bélicas arengas, y se ven brillar las armas y flamear los pendones.....

Un velo negro cubre á poco la escena, un tronante fragor en que todos los ruidos se confunden solo se oye.... El velo se desvanece lentamente, el ruido va cesando: los caudillos expresan á nombre de la patria, su gratitud á los soldados, y los instrumentos de guerra dan el toque estrepitoso de victoria; pero ¡cuántos gemidos lastimeros de aquellos que tienen sus miembros destrozados, cuánta tristeza en los desgraciados prisioneros! Que se restañen las heridas, que se consuele y no se humille al infortunado que sufre el cautiverio tan amargo. ¡Concluido el furor de la batalla, es bellísimo el perdón! "Las almas heroicas, dice Segur, son las únicas que conocen los afectuosos respetos que se deben á los vencidos." ¿Y qué puede dar al soldado más satisfacción y gloria que la generosidad? La generosidad es admirada por amigos y enemigos, ella rinde á los últimos hasta hacerles dar el tributo de alabanza al benigno vencedor.

Jamas pues, en ninguna circunstancia de la

vida, se debe desconocer el sublime y grandioso principio de la humanidad sobre la tierra. Nunca debe olvidarse el imprescindible deber de ser benigno con el enemigo subyugado, de ser noble ante la desgracia.

Con la aureola divina de la clemencia, todos los hechos se embellecen más; es un fulgor que hace más vívido el esplendor de las glorias militares.



XIII.

— ESPIRITU DE CUERPO.

Para consolidar el espíritu de cuerpo es preciso que se aleje de los individuos que lo componen la mezquina idea del egoísmo.

El egoísta que solo anhela para sí y que nada cede, nada sacrifica á los demás, al fin se verá aislado, y cuando lo abrumen las penas que son inherentes á la humanidad, por lo que nadie puede eximirse de ellas, y menos en una profesion tan azarosa como las de las armas, se contemplará aislado entre sus compañeros, sin ayuda alguna, cual si viviera en un desierto. A ese hombre ninguno le tiende la mano cuando cae, y se apartan todos de él con indiferencia al ver que se desploma: es un ser inútil para los demás y nada significa que se pierda. Acomodaticio, sin ceder ni lo que le sobra; sin querer molestar en dar un solo paso para el alivio de otro, no tendrá quien

le ceda despues lo que más necesite, ni quien trabaje por su bien cuando se sienta sucumbir bajo el peso del infortunio.

Vémos hombres que difícilmente ó jamás progresan en la profesion que adoptan; y es, que inspirados en el egoismo, jamás han ayudado á nadie, y nadie les ayuda, quedando en su abandono solo poseedores de su ruin pasion; esa pasion tan mezquina, que no alcanza á comprender que el hombre necesita de los demás y que por lo mismo debe á ellos la justa reciprocidad, sacrificando parte de lo que tiene ó puede al conjunto.

Es tan estúpida la idea del egoismo, que hasta los salvajes que no conocen las prácticas sociales se adelantan á los séres egoistas, pues se reunen en tribus para protegerse, para ayudarse mutuamente y formar un todo que algo pueda.

El hombre con sus aislados esfuerzos es un átomo sin valor en la humanidad: por eso los hombres civilizados se estrechan en el fecundo seno de las sociedades y todo lo dominan así, progresando siempre.

El ejército está fraccionado en distintas corporaciones, y éstas corporaciones, para que

sean fuertes, es preciso que se unifiquen condensándose en un solo espíritu.

Hay que principiar por vivir en sociedad con los compañeros de armas, y el militar, tanto de ellos como de otras personas á quienes trate, será más querido, mientras mejores sean sus maneras, por lo que deberá procurar ser afable y cortés, resaltando tanto más en él esas prendas sociales cuánto más elevada sea su posicion ó cuántas más virtudes militares le adornen

Es innegable que el buen soldado, que á más de serlo posee maneras decentes, será mejor mirado que el incivil y el desatento que necesariamente repugna á cuantos están en contacto con él.

¡Qué más grata satisfaccion que vivir entre compañeros que nos tratan con estimacion: entre personas que algo nos deben y que se sienten agradecidas! Descansamos con ellas como si fuesen séres de nuestra familia; nuestra alma siente expansion y confianza en su compañía . . . Nuestros compañeros de armas, son la familia que aceptamos desde que salimos de los umbrales del hogar doméstico, y debemos mirarlos con cariño por esto. Par-

timos con ellos nuestro pan y seguimos todos los azares de una vida procelosa; y si caemos en la senda desigual de la existencia, siempre entre ellos encontramos una mano que nos levanta; y si sucumbimos, entre ellos hallamos quien cierre nuestros ojos, enjugando nuestras lágrimas postreras.

La mútua ayuda es un consuelo para la humanidad que sufre, y en la profesion militar rodeada de contratiempos y peligros se hace más necesaria; por eso aclamo el espíritu de cuerpo.

El espíritu de cuerpo es esa fraternidad exenta de todo egoismo, que funde los intereses de todos; son los diversos elementos individuales que uniéndose con el lazo del compañerismo forman un armonioso conjunto. Cada uno de los individuos que componen el cuerpo lo cuidan como bien colectivo, defienden con anhelo su reputacion y la levantan al más alto grado. Cuando ese espíritu no aliena á una corporacion, ella es débil, quebradiza, y su reputacion y su existencia está en peligro con los mismos que la forman, y que en lugar de conservarla la desgarran con su discordia interior.

La discordia en una corporacion cualquiera, es una gangrena que debilitándola apresuradamente, la mata cuando al fin llega á su corazon. La desorganizacion, el desórden, son los síntomas fatales de la discordia. Y ninguna corporacion más que la militar necesita de todo el poder que dá la union, pues tiene que vencer inmensas dificultades; ella está formada para resistir las fatigas más penosas, y para llevar á cabo los más grandes sacrificios; tiene que condensar sus esfuerzos en uno solo, sobreponiéndose á todo, para poder llegar á arrancar á toda costa, el laurel de la victoria al génio de la guerra, ó para refugiarse valientemente en el seno de la abnegacion cuando viene la adversidad.

Parece imposible que entre compañeros que viven bajo el mismo techo, que sufren la misma desgracia ó gozan la misma fortuna, y que anhelan la propia gloria, no haya una amistad sincera que los estreche cordialmente. Compañeros en el sacrificio y en la felicidad; compañeros hasta en el supremo momento del no ser, que se ayuden siempre, que se restañen las heridas, que cedan sus vestidos para cubrir de la intemperie al mutilado compañe

ro. Que lo hagan así, que nunca olviden la posibilidad de que deshecha su existencia en un combate, tengan que dormir en la misma fosa ó descansar sus cadáveres insepultos en el mismo pavimento. Que se amen como hermanos, ya que están unidos en la tierra con los lazos de la fortuna ó del martirio.

XIV.

Conclusion.

Dada la índole de estas CONVERSACIONES, intencionalmente no he querido citar en el curso de ellas, ejemplos de las virtudes que los soldados mexicanos tienen, por consideraciones que apuntaré.

Yo que soy tan amante de México, no me juzgo con la imparcialidad necesaria para hablar de la epopeya de nuestra primera independencia, porque acervos recuerdos de aquellos tiempos me harían tal vez no detenerme en el límite de lo justo, ni al elogiar á nuestros héroes, ni al tratar de nuestros enemigos de entónces.

Despues de esa guerra vino otra en que se vieron tambien muchos heróicos rasgos dignos de figurar en los fastos de la universal historia para brillar entre los más grandiosos, pe-

ro por nuestra desgracia están oscurecidos bajo la sombra siniestra de las enlutadas, alas del espíritu de partido que ha desgarrado en contiendas interiores nuestra jóven patria ¡y cómo hablar de nuestros rencores fratricidos de ayer, cuando todavía existen campeones de esa lucha!

En cuanto á los héroes de la segunda independencia tengo que decir, que no debo dar mi juicio sobre mis contemporáneos ¿mas quién no sabe que entre nuestros soldados no son extrañas las virtudes de los antiguos espartanos, ni los hechos semejantes á los de Guzman el Bueno, que prefiere la muerte cierta de sus hijos á la deshonor de sus armas? ¿Quién no sabe que estos soldados mestizos descendientes del español y el indio tienen la brava caballerosidad del uno y la estoica serenidad del otro; el génio aventurero del hispano y la inquebrantable constancia del infatigable hijo de las selvas americanas?

En nuestros soldados, que generalmente se han visto abandonados á sus solas inclinaciones, hay que admirar muy bellas cualidades. Los vemos casi siempre resignados en el sufrimiento, sin que una queja demuestre sus

dolores; si la muerte va á caer sobre su cabeza, no se humillan para pedir la vida, y esperan con digna altivez el momento fatal sin que una lágrima empañe su mirada. Los vemos que engreidos en el cariño de su jefe, le sirven de muralla en el combate, y si cae herido, lo toman en sus brazos y lo salvan sin pensar en su propia existencia, rodeada de peligros. Sin pan y sin vestidos hacen largas jornadas por ásperos caminos, acampando á la intemperie, sufriendo así vigorosos las fatigas y las penalidades.

Que se cultiven esas cualidades innatas de nuestra raza belicosa, sufrida y sóbria, como cada oficial debe tratar de hacerlo con los que manda, y los soldados mexicanos llegarán entonces á alcanzar el lugar que les corresponde.

Este ejército, animado por un verdadero espíritu guerrero, solo necesita una *asídua* y *constante* direccion para elevarse á la perfeccion militar.

Y el buen ejército, es tanto más indispensable en México, que puede tener enemigos poderosos en el extranjero, cuanto que desmoralizado el país por las revueltas políticas sufridas, necesita imperiosamente un poder ema-

nado de las leyes, que lo sujete al orden y á la paz para que se proceda á la definitiva organizacion nacional, que traerá el engrandecimiento de la patria. Para hacer frente al espíritu de la discordia que agita la nacion, es preciso el inquebrantable espíritu del orden que representa un ejército disciplinado.

“La mayor palanca de accion, dice un insigne guerrero, es la fuerza militar *dada por la ley* y dirigida por el génio.”

Formado como está el ejército nacional por ministerio de la ley, para sostener los poderes, para dar garantías á la sociedad y para defender los derechos de la patria, ilustrándose, cultivando sus cualidades naturales y engrandeciendo su espíritu con el ejemplo de heroicas virtudes; portándose como cumple á sus sagrados deberes, vendrá á ser el primer cimiento del brillante porvenir que á la República mexicana espera, un vez que pueda sofocar para siempre las contiendas civiles, haciendo respetable á la nacion en el exterior.

Un ejército instruido, levantado en su moralidad, bien organizado, será el corazon valiente, el acerado escudo, la espada justiciera de nuestra patria, que tan gran papel tiene

que desempeñar en este mundo nuevo, en este continente americano, en cuyo centro está situada, dividiendo sus mares, sus tierras y sus dos predominantes razas.

Os he dicho pues ya cual es la mision del ejército, cual es nuestra mision; que cada uno por su honor y por su patria, segun su puesto, trate de cumplirla.

FIN.